



IRIS MURDOCH
ALGO DEL OTRO
MUNDO

Traducción del inglés y posfacio de Pilar Adón

IMPEDIMENTA

—¿Por qué no te quedas con él? —preguntó la señora Geary mientras ordenaba los periódicos vespertinos en el mostrador.

Yvonne estaba en mitad de la tienda, sentada a horcajadas en una silla. La había inclinado hasta dejarla en un equilibrio inestable, y ahora rozaba contra la madera del respaldo su cabecita de animal mientras apoyaba las largas piernas en el suelo para no caerse. No respondió.

—Se ha vuelto a enfadar —dijo su tío, de pie junto a la puerta de la habitación interior.

—Que te estoy oyendo... —replicó Yvonne. Y empezó a balancearse en la silla con fuerza, hacia delante, hacia atrás.

—No vayas a romper la silla —dijo su madre—. Es la última decente que nos queda hasta que vuelva el del mimbre. Te he preguntado que por qué no te quedas con él.

El tranvía de Dublín pasó traqueteando muy cerca de la tienda y el interior se oscureció por un momento. Los objetos más pequeños de las estanterías superiores tintinearón con pequeños saltitos. Era una tarde calurosa y habían dejado la puerta que daba a la calle, con toda su suciedad, abierta de par en par.

—¡Venga! ¡Parad ya! ¡Dejadme en paz! —exclamó Yvonne—. No le quiero. No quiero casarme. No me parece nada del otro mundo.

—Nada del otro mundo, ¿eh? —dijo su tío—. Estamos hablando de un muchacho agradable que tiene un trabajo estable y que quiere casarse contigo. Y tú

ya no eres tan joven. ¿O es que vas a pasarte la vida dependiendo de tu madre?

—Si no piensas casarte con él, no deberías andar mareándolo —dijo su madre—. Y deja la silla quietecita.

—¿Es que no puedo ser amiga de un chico, sólo amiga, sin tener que sopor-taros a los dos todo el rato? —siguió Yvonne—. Tengo veinticuatro años y sé lo que hago.

—Ya lo creo. Veinticuatro bien cumplidos —dijo su madre—. Y ahí tienes a Betty Nolan y a Maureen Burke, casadas desde hace tres años, cuando en el colegio iban un curso por detrás de ti.

—Yo no soy como esas dos —dijo Yvonne.

—¡No! ¡Desde luego que no! —contestó su madre.

—Es por esas revistas femeninas —dijo su tío—. Y por las novelitas que lee a todas horas. Le están metiendo ideas raras en la cabeza. No va a querer casarse con nadie, a no ser que se le ponga delante un jeque árabe.

—En vez de hacer algo con su vida —dijo su madre— se pasa las horas ahí encerrada, en ese cuartucho oscuro, tumbada boca abajo con la nariz metida en sus novelas. Un milagro me parece que no se le hayan borrado los dos ojos de la cara.

—¿Puedo por favor vivir mi vida como me dé la gana? —preguntó Yvonne—. Es lo único que tengo. Y ya os he dicho que no veo en él nada especial, y si no lo veo no me puedo casar.

—Pertenece al Pueblo Elegido —dijo su tío—. ¿Te parece poco especial?

—No empieces con eso otra vez —dijo su madre—. Sam es un buen muchacho. No se comporta en absoluto como un judío. Me consta que criaría a los niños en la Iglesia de Irlanda.

—De todas formas —dijo su tío—, los prefiero a esos otros que llevan al cura de turno todo el tiempo detrás y se levantan el sombrero en el tranvía cada vez que pasan por delante de la puerta de una capilla, que ya no puede uno

ni ir tranquilo en su asiento. No tengo nada en contra de los judíos.

—Nuestro Señor era judío —dijo Yvonne.

—¡No digas barbaridades! —le respondió su madre.

—Nuestro Señor era el Hijo de Dios —dijo su tío—. Y eso no es ser ni judío ni griego.

—¿Es esta tarde cuando viene el hombre de las tarjetas de Navidad? —preguntó Yvonne.

—Sí —dijo su madre—. Pero la verdad es que no sé por qué vienen a incordiarnos con las tarjetas navideñas en pleno verano.

—Me quedo hasta que llegue —dijo Yvonne—. Que tú siempre eliges las más sosas.

—Elijo las que se venden —respondió su madre—. Y no vayas a quedarte por aquí dando la lata cuando llegue Sam. No es que haya mucho espacio.

—Si te casaras, al menos te librarías de todo esto —dijo su tío—. Y no sería

con tu madre con quien tendrías que compartir la cama. Siempre andas quejándote de que este sitio es una caja de cerillas.

—Es que es una caja de cerillas —dijo Yvonne—. Pero si me casara estaría metida en otra caja de cerillas, sólo que en un lugar distinto.

—Estoy harta de decírtelo —dijo su madre—. Podrías hacerte con una de esas casitas nuevas de la carretera de Drumcondra. El encargado de la tienda de Macmullan conoce al hombre que lleva la lista.

—No quiero una casita nueva —contestó Yvonne—. ¡Ya te he dicho que no me gusta y se acabó!

—Si esperas a casarte por amor —dijo su tío—, pasarán diez años y acabarás atada al primero que pase. No es que seas Greta Garbo, y bastante suerte tienes de que haya un joven tras de ti. Las personas sensatas se casan porque quieren estar casadas, no por los sentimientos que albergan en sus corazones.

—Sigue colada por el chico inglés —dijo su madre—, aquel muchacho alto. Tony Thingummy se llamaba.

—¡Claro que no! —exclamó Yvonne—. ¡Adiós, muy buenas! ¡Hasta nunca!

—No podía soportar su voz —dijo su tío—. Y movía la boca de forma exagerada al hablar, como si estuviera en una obra de teatro.

—Verás como los dichosos ingleses vuelven a ganar la lotería este año —dijo su madre.

—Me trajo flores —comentó Yvonne.

—¡Flores, sí señor! —dijo su tío—. ¡Y te cantaba cancioncitas! Ya nos lo contaste una vez.

—Era un hombre muy garboso —dijo su madre—. Con buena planta. Y buenas maneras. Pero eso está más que acabado. Y ya verás lo que te va a traer Sam cualquier día de estos.

—Mujer, qué pesada con la historia esa del anillo de diamantes —dijo su tío—. Al final vas a conseguir que la

muchacha no quiera ni oír hablar del tema. Ese tipo es tan pobre como nosotros.

—No hay nadie tan pobre como nosotros —dijo Yvonne.

—Por el momento es un empleado —siguió su tío—. No te niego que algún día pueda llegar a tener su propia sastrería y ser su propio jefe. Eso te lo reconozco. Al fin y al cabo es judío. Pero ahora mismo no tiene un gran puesto. Cobra poco.

—Esos no son pobres nunca —dijo su madre—. Sólo fingen serlo para que los suyos no se lleven su dinero.

—Está al llegar —dijo Yvonne—. No quiero que estéis hablando de él cuando aparezca. No es de buena educación.

—¡Mira quién habla de buena educación! —exclamó su tío.

—¿Os acordáis de aquella vez que nos lo encontramos en la liquidación del pobre señor Stacey y luego nos fuimos al bar de Sullavan y nos pagó dos rondas? —preguntó su madre.